

Sociedad y espacio en La Habana de 1877. Un ensayo de geografía urbana histórica

por JOSÉ L. LUZÓN
JOSÉ BAILA
FRANCISCO SARDAÑA*

Palabras clave:

Cuba; estructura espacial; geografía histórica urbana; La Habana; modelos urbanos.

La ciudad de La Habana fue, desde mediados del siglo XVI hasta comienzos del XVIII, el puerto de apoyo al sistema de flotas, columna vertebral en el que se basaba el comercio español con las Indias. Posteriormente, cuando la isla de Cuba se transformó en una inmensa plantación azucarera y en el gran reducto económico peninsular en ultramar, La Habana era el lugar de concreción de una inmensa riqueza generada en los ingenios azucareros, canalizada a través del comercio de importación y exportación centrado en la capital de la isla. Cabe asimismo referirse a la plaza fuerte que fue la ciudad desde mediados del XVI hasta finales del XIX; poderosas fortalezas como "La Cabaña" o "El Príncipe" reforzaron el sistema defensivo de la urbe, junto con las más antiguas de "El Morro", "La Punta" o "La Fuerza".

Estos tres rasgos fundamentales de sus funciones urbanas dejaron la traza en sus calles y edificios. Hubo una Habana intramuros con su caserío constreñido entre la muralla que la cerraba por el Oeste y la bahía por el Este; cuando el fulgor azucarero fomentó el crecimiento de la ciudad, las calles se extendieron más allá del recinto amurallado, surgió así La Habana Extramuros. Tanto en una como en otra se desarrolló una sociedad diferencial, en las personas y en el espacio. La escala social iba desde los grandes comerciantes y funcionarios hasta los jornaleros y los esclavos. En lo etno-social se distinguían blancos españoles, blancos criollos, mulatos, chinos y negros. Y por su condición había hombres libres, todos los blancos así como muchos negros y mulatos; esclavos negros y chinos contratados. ¿De qué manera se articularon estos grupos sociales en el espacio? ¿Cuáles eran sus ocupaciones? Establecer una anatomía social de La Habana en la segunda mitad

*José L. Luzón es profesor del Departamento de Geografía física y Análisis geográfico regional de la Universidad de Barcelona. José Baila y Francisco Sardaña son licenciados en Geografía por dicha Universidad.

del siglo XIX, determinando la zonificación espacial de los grupos humanos que en ella habitaban y sus distintas funciones urbanas es uno de los objetivos de este artículo.

Existen numerosos trabajos relevantes sobre La Habana. Descripciones entre costumbres e históricas nos han llegado a través de numerosos autores, entre ellos cabe destacar a Torriente (1946), de la Torre (1857), González del Valle (1952) y Barras y Prado (1925) entre otros (1; véase notas bibliográficas, al final del artículo). Estudios históricos notables afectando al siglo XIX son los de Le Riverend (1960) o Roig de Leuchsenring (1939), (2). Desde el punto de vista urbanístico cabe citar particularmente a Pérez-Beato (1936), Chateloin (1989) o Venegas Fornias (1990) (3). Muy valiosos son los frescos que trazaron los viajeros de la época. Entre ellos cabe citar a Wurdermann (1844), Hazard (1871), la Condesa de Merlin (1844), Salas y Quiroga (1840) y al más famoso de todos ellos, Humboldt (1807) (4). Una magnífica recopilación de textos antológicos ha sido llevada a cabo recientemente por Eguren (1986) (5).

Los geógrafos no han estado ausentes de estos trabajos, tanto en el pasado siglo como en el presente. Destacamos a A. de Humboldt, García de Arboleya (1859), Marrero (1951, 1984) o Sorre y Ortiz (1936) (6). Ahora bien, el dato literario no siempre ha sido complementado con un análisis de variables numéricas, demográficas o económicas. Y aunque en los autores citados encontramos, en ocasiones, datos de esta índole, falta un estudio sistemático a partir de la información estadística disponible. Esta puede ser agregada a nivel de pequeñas unidades espaciales: barrios, calles y aún casas. ¿Quiénes vivían en La Habana? ¿Dónde vivían? ¿En qué trabajaban? y ¿Dónde lo hacían? Respondiendo a estas preguntas podremos determinar estructuras socio-geográficas que permitan el conocimiento de La Habana desde una nueva perspectiva.

FUENTES DE DOCUMENTACIÓN

Las fuentes de datos disponibles son numerosas y de gran valor; muchas de ellas publicadas. Creemos que hay que destacar la obra ingente de Pezuela, quien en su *Diccionario* (7) nos proporcionó tal cantidad de información, que su tratamiento requeriría todo un plan de trabajo para un equipo de investigadores. La desagregación espacial de la ciudad se estableció al nivel de *distrito*, siete en total. Los datos son, entre otros, los relativos a edad, sexo, color de la piel, origen y estatus social de la población de La Habana y de cada distrito. El autor trabajó con informes locales del año 1859, los cuales eran correcciones sobre el censo de 1846. Más tarde, ya terminada su obra, pudo disponer de alguna documentación obtenida en el censo de 1861, el cual parcialmente recogió en el *Diccionario*.

Los datos sin apenas elaboración podemos encontrarlos fundamentalmente en las series de los anuarios denominados *Guías de Forasteros* y en los *Directorios* (8). Las primeras proporcionan información diversa, pero casi siempre constreñida a las élites de la ciudad, o sea, altos oficiales militares y civiles, alto clero, abogados, médicos, etc. Mucho más amplia y sistemática es la información que aparece en los *Directorios*; el primero de ellos fue publicado en 1859 (9). En los mismos encontramos la lista de las distintas razones sociales existentes en La Habana del comercio, industria y servicios, con indicación de la dirección exacta de cada una de ellas. De esta manera se puede lograr una desagregación espacial total a nivel de calles, barrios o distritos. De todos los *Directorios* editados en el XIX, tal vez uno de los más completos sea el publicado por Federico Caine en 1874 (9). En el mismo además de las razones sociales encontramos a los profesionales de cierto nivel. El *Directorio* cuenta con una doble entrada, lo cual permite aproximarse al dato a partir del nombre del individuo o de la razón social, a través de un listado agrupado por clases de actividad. Esta publicación de Caine es de gran valor si bien es todavía incompleta respecto a otra también editada por el propio publicista en 1877, esto es, el *Indicador Habanero* (10).

Del *Indicador Habanero* aparecieron, que nosotros sepamos, dos ediciones, la ya citada de 1877 y la de 1878. De ambas la más completa, con mucho, es la primera. De su contenido da una idea el resumen que aparecía en la portada del mismo: "Los distritos, barrios, calles de La Habana, Jesús del Monte y Cerro. Los números de cada calle, la profesión y el nombre de sus habitantes, los tribunales y juzgados, un almanaque variado, una noticia de los edificios más notables y un plano foto-litográfico de La Habana".

Por nuestra parte añadimos que, además, incluye datos del color de la piel y sexo de las personas que en él figuran, sea como simples individuos o como propietarios de una razón social determinada. Hay que distinguir dos clases de datos: los referidos a los establecimientos de todo tipo y los de las viviendas. Se desagrega la población de La Habana por distritos y barrios, así como las capitanías pedáneas cercanas a la capital. Para cada calle proporciona los números de ella que corresponden a cada barrio; de esta manera hemos podido elaborar un mapa de La Habana a nivel de barrios. El número de éstos ascendía a 38, agrupados en seis distritos. La división había sido determinada por las *Ordenanzas Municipales* de Gutiérrez de La Concha, en 1855 y perduró sin cambios hasta 1871, cuando en octubre se hizo una modificación ampliando el número de distritos y de barrios. Además se consideraban como parte de la ciudad, aunque separadas de su continuo urbano, las capitanías pedáneas de Puentes Grandes, Marianao, Arroyo Naranjo y Calvario. En la división municipal de 1878 Marianao se convirtió en municipio.

El *Indicador* es, pues, fuente muy valiosa para el estudio de la geografía urbana histórica en La Habana finisecular. Sin embargo, presenta ciertas características limitativas que conviene destacar. En primer lugar aunque en la portada se mencione a los "habitantes", esto es incierto, pues el número de los inscritos en el *Indicador* es de 15.748, frente a una población total que se aproximaba en aquel entonces a los 210.000 habitantes. De esta manera la relación entre inscripciones y habitantes es de 1 por cada 13,5. No estamos por consiguiente ante un listado de "habitantes". ¿Quiénes son, por lo tanto, las personas que aparecen inscritas? Cada inscripción corresponde a una vivienda o establecimiento; nunca hay dos personas o más por unidad habitacional o de trabajo. Creemos entonces que estamos ante lo más parecido a un listado de vecinos. Estos serían asimilables al concepto de cabeza de familia o al de propietario de un establecimiento. En este sentido conviene recordar que la Ley Municipal Española de 2 de octubre de 1877, promulgada en Cuba con algunas modificaciones por el Real Decreto de 21 de junio de 1878, reconocía como *vecino* a: "todo español emancipado que reside habitualmente en un término municipal y se halla inscrito con tal carácter en el padrón del pueblo" (11).

La misma ley y en el mismo artículo clasificaba a los restantes habitantes como *domiciliados* o *transeúntes*. Los primeros eran todos los que residían habitualmente en el término municipal, pero formando parte de la casa o familia de un vecino. En consecuencia el *Indicador* incluiría a los vecinos pero excluía a los domiciliados. Dentro de estos últimos hay que contar no sólo a los familiares sino también a la servidumbre y a los empleados, muchos de los cuales vivían en el establecimiento o en la casa del amo. Nosotros estimamos en unos 20.000 los esclavos negros y mulatos que habría en La Habana hacia 1877. Los asiáticos escriturados o contratados, o sea, semiesclavos, eran unos 5.300 según el censo de 1877.

Si al agregado total de la población de La Habana descontamos estos colectivos, más los de los barrios de Príncipe y Casablanca, para los cuales no proporciona datos desagregados la fuente, tenemos un total de 15.747 inscripciones de *vecinos* sobre un total de 168.000 habitantes; es decir, 10,6 habitantes por cada inscripción. Nos parece una "ratio" excesivamente alta. De todos modos aún atribuyendo a la información un valor de muestra, ésta es lo suficientemente extensa como para ser válida incluso a nivel de barrios, mínima unidad espacial con la que se ha trabajado. Es bueno tener presente, que a la hora de elaborar un modelo económico-urbano sólo cuentan los habitantes "activos"; por consiguiente hay que descontar los ancianos, los niños y una gran parte de las mujeres. De esta manera la muestra adquiere una significación mucho mayor.

No obstante hay dos aspectos que afectan directamente al rigor de la lista que figura en el *Indicador*. Por una parte hay que señalar que estamos ante una fuente sesgada, pues del universo que sería la población activa habanera, no figuran todos aquellos que no eran empresarios, trabajadores autónomos o cabezas de familia; en consecuencia la muestra se inclina hacia los sectores económicamente mejor situados. En segundo lugar la escasa proporción de personas de color, nos sugiere la deformación del hecho racial. Muchos mulatos "claros" pasarían por blancos; lo mismo cabe decir de los asiáticos. A estas deficiencias hay que añadir las intrínsecas de la fuente, o sea, las relativas a su propia elaboración, las cuales no podemos evaluar de ninguna manera. Sin embargo una muestra de casi 16.000 individuos localizables en el espacio urbano, es hoy por hoy mucho más de lo que disponemos a través de otras fuentes o trabajos. En consecuencia y aun relativizando el valor de nuestro estudio, creemos que se puede obtener a partir de la fuente con una moderada precisión, la estructura funcional de las calles, barrios, distritos y de la propia ciudad de La Habana en 1877. En este artículo hemos limitado el análisis a algunas de las variables del *Indicador*, tratando siempre los datos a nivel de barrios, estas variables son: grupos raciales, establecimientos y viviendas, comercios, fábricas y talleres y, por último, profesiones de la gente de color.

Del resultado de nuestra investigación se deduce la existencia de una ciudad diversificada en sus funciones urbanas, dirigidas primordialmente hacia el sector no básico de la economía, con un importante artesanado y con un sector servicios muy amplio. Pero la plasmación espacial de los resultados nos ha permitido identificar determinadas estructuras espaciales, las cuales hemos contrastado en parte con el modelo propuesto por Griffin y Ford en 1980, para las ciudades latinoamericanas (12).

Este modelo consta en esencia de los elementos que a continuación indicamos: un centro comercial y de negocios (CBD), el cual se ha prolongado a lo largo de un eje principal (*Spine*). A ambos lados del eje principal la alta burguesía urbana construyó sus residencias. Otra zona residencial de cierta categoría, en la cual coexisten edificios viejos con otros remodelados; es el círculo concéntrico con el CBD denominado "área de madurez" (*Zone of Maturity*). Un segundo círculo engloba el área residencial de las clases medias bajas: artesanos, empleados y pequeños comerciantes. Por último un tercer círculo periférico, donde viven las clases bajas; esta zona periférica se adentra a través de dos sectores hacia el CBD, de tal manera que zonas marginales y zonas residenciales o de servicios de elevado nivel, coexisten en algunos lugares de la ciudad. Nosotros creemos que este modelo se verifica de forma bastante aceptable en La Habana de 1877, si bien con ciertas modificaciones sustanciales.

GRUPOS RACIALES Y ESPACIO URBANO

Según el censo de 1877, La Habana contaba con unos 47.500 individuos de color y alrededor de 4.500 asiáticos, lo cual suponía un 26 % del total. Ni el censo ni el *Indicador* proporcionan información sobre el número de esclavos y el de libres de color. Habida cuenta de que la tendencia registrada en los censos anteriores, 1861, 1846, 1841, era la de una continua disminución en términos absolutos de los esclavos, y un estancamiento de la población libre de color, hemos evaluado éstos últimos en alrededor de los 35.000, o sea, un 18 % aproximadamente del total absoluto de los habitantes de La Habana. Sin embargo solamente un 10 % de nuestro listado de "vecinos" corresponde a individuos de color. Mucho más bajo resulta el porcentaje si a los "vecinos" unimos los "establecimientos", pues en este último listado la representación de color es puramente testimonial: 17 inscripciones sobre 4.527.

Aparte de los fallos intrínsecos de la fuente, tres explicaciones parecen plausibles a la hora de interpretar la diferencia entre población e inscripciones en el grupo de color. La primera sería la de que numerosos trigueños se inscribirían como blancos. Es un problema

con el que todavía se enfrentan los agentes censales de la Cuba actual. No obstante esta explicación presenta el punto débil según el cual también el censo de 1877, punto de referencia de nuestra comparación debió encontrarse con el mismo problema.

La segunda sería la existencia de grupos familiares "extensos". La población marginal de las ciudades ha tendido y es una constante en el tiempo y en todo lugar, agruparse por razones de parentesco o de origen en núcleos numerosos. Ello se debe tanto a una estrategia para poder integrarse mejor en la ciudad con menor esfuerzo, como a la perduración de comportamientos sociales distintos que generan afinidades más intensas entre las personas del núcleo "extenso".

En tercer lugar cabe pensar en un gran número de individuos de color viviendo como criados en las casas de la alta sociedad, esto explicaría, tal vez, la "ratio" elevada de habitantes por inscritos en el aristocrático barrio de San Isidro, así como en Tacón y Marte. Sea como fuere, la muestra es evidentemente sesgada, pero el *Indicador* es nuestra fuente y de ella se deriva el análisis que presentamos.

Al establecer una zonificación de La Habana en función del componente racial de color, lo primero a destacar es el hecho de que en ninguno de los barrios considerados, de los que disponemos información, presentaba un predominio de los pobladores de color sobre los blancos. No obstante al cartografiar aquellos barrios en los que el porcentaje de color era mayor, se aprecia la existencia de un continuo urbano en la zona meridional de La Habana, en torno al arsenal. Eran barrios pobres que los viajeros describen como de casas de madera muy precarias. Se trata de los siguientes: Vives, Jesús María, Ceiba, Arsenal y San Isidro. A los mencionados cabe añadir otros dos, hacia el centro de La Habana extramuros y aledaños de los anteriores: San Nicolás y Peñalver. En estos dos últimos el porcentaje es menor sobre el total de habitantes, pero por razones geográficas se integran en el espacio que pudiéramos denominar La Habana "de color". Efectivamente, entre los siete barrios citados agrupaban el 45 % de los inscritos que figuran como de color.

Fuera del continuo señalado, otros cuatro barrios habaneros superaban la media del 10 % de su componente negra o mulata sobre el total de inscritos en la lista de "vecinos". Cerro y Villanueva formaban un conjunto del extrarradio sobre la Calzada del Cerro. Santo Angel venía a ser una isla urbana de color en La Habana intramuros, cerca de la Punta. Por último existía el caso del barrio de San Lázaro; pero aquí la "ratio" total es muy elevada, 53,2 habitantes por inscrito, lo cual la convierte en una muestra de muy escasa validez. Lo mismo cabe decir de Luyanó.

En los restantes barrios de La Habana el componente de color era mucho más débil, destacando por sus bajos porcentajes los barrios oligárquicos tradicionales de Templete, San Felipe, San Francisco y Santo Cristo, todos ellos en el centro y frente marítimo de La Habana intramuros. Se trata del núcleo fundamental de la ciudad, donde se ubican los edificios más representativos del poder colonial, de las altas clases sociales y de los grandes comerciantes. Aquí el componente de color debió ser elevado pero como criados, caleseros o esclavos domésticos.

Más allá de la calle Monserrate en la antigua Habana extramuros, los barrios blancos ocupaban la zona comprendida entre la Calzada de Reina y el mar, hasta la Calzada de Belascoain. Particularmente débil era el componente de color en los barrios de Punta (3,7 %) Guadalupe (3,5 %) y Marte (5,7 %). Las calzadas de Reina y Galiano, así como las calles de San Miguel o de San Rafael, proporcionaban un nutrido componente de población blanca, que marcaban su impronta en los respectivos barrios.

Se configuró así un paisaje urbano en el que la población libre de color, que constituirían los inscritos no blancos, eran relegados a los arrabales en torno al Arsenal y a los barrios del extrarradio. La Habana nuclear, la blanca, estaba aún constituida por la casi totalidad de la antigua Habana intramuros, excepción hecha de los barrios periféricos de Santo Angel y San Isidro, y por el ensanche de mayor calidad, es decir, el espacio comprendido entre la Calzada de Reina, hasta Lealtad y el mar. Sin embargo hay que

resaltar que esta segregación espacial no era absoluta, pues la mezcla racial era un hecho evidente incluso en los barrios más "oscuros": Vives y Ceiba. Un análisis más detallado, a nivel de calles, se impone a la hora de extraer conclusiones que permitan una zonificación más exacta de La Habana, en 1877, en razón del color de la piel. El cuadro n.º 1 refleja aquellos barrios donde la componente de color y blanca era, respectivamente superior a la media correspondiente a la totalidad de La Habana.

CUADRO 1. *Barrios de La Habana con máxima concentración de inscritos "vecinos", de color y blancos.*

<i>C o l o r</i>		<i>B l a n c o s</i>	
<i>Barrio</i>	<i>Porcentaje sobre el total</i>	<i>Barrio</i>	<i>Porcentaje sobre el total</i>
Ceiba	25,1	Templete	100,0
Vives	24,1	San Felipe	97,7
Jesús María	16,5	Santo Cristo	97,6
San Isidro	14,1	Arroyo Apolo	97,5
Arsenal	13,6	San Francisco	97,3
Cerro	13,3	Vedado	96,6
Peñalver	13,3	Guadalupe	95,8
La Habana	10,0	La Habana	89,3

ESTABLECIMIENTOS Y VIVIENDAS

La distinción entre establecimientos y viviendas no es fácil de determinar a partir de los datos del *Indicador* y de la propia realidad. Efectivamente, son numerosas las referencias que existen que ponen de manifiesto cómo el lugar de trabajo era, a su vez, lugar de residencia en numerosos casos. Esa función residencial afectaba a propietarios y empleados. Los trabajos de Ely (13) en la década de los cincuenta, así como las descripciones de numerosos viajeros de la época son definitivos. Sin embargo en el *Indicador* existen inscripciones que clasifican, sin lugar a dudas, a las razones sociales de todo tipo: comercios, fábricas, bancos, casas importadoras, escuelas, etc. Estas son las que conforman nuestra lista de "establecimientos", independientemente de que sirvieran, a su vez de viviendas.

El 28 % de las inscripciones correspondían a "establecimientos", o sea más de una cuarta parte del total. La amplia variedad de tipos existentes ha motivado una clasificación desagregada en grupos; pero en este apartado nos limitamos a establecer una zonificación en función del predominio o no de los "establecimientos" sobre las viviendas, a nivel de barrios, buscando con ello la localización del centro comercial y de servicios de La Habana, así como de sus zonas industriales.

El centro de servicios y comercios de La Habana estaba constituido por los barrios centrales de La Habana intramuros: Templete, San Felipe, Santo Cristo y Santa Clara. En todos ellos el porcentaje de establecimientos sobre las viviendas era superior al 50 %, este núcleo central se extendía también en La Habana intramuros, hacia el colindante barrio de Santa Teresa, con una proporción algo menor (45 %), y de San Juan de Dios (35 %). En el mismo radicaban calles tan comerciales como Obrapia, Compostela, Mercaderes, O'Keilly, etc. en la cual además de los establecimientos dedicados al comercio se ubicaban consulados, consignatarias, bancos y compañías de seguros. En los siete barrios

citados de La Habana intramuros, habían 1.706 establecimientos, o sea, el 37,7 % de los existentes en La Habana según el *Indicador*. Entre la antigua muralla, calle de Monserrate y el mar, sólo tres barrios tenían una baja proporción de establecimientos: Santo Angel, Paula y San Isidro.

Más allá de la calle Monserrate el centro comercial se prolongaba hacia el Oeste siguiendo un largo eje que ocupa una parte del actual municipio de Centro Habana. En el mismo se encontraban núcleos comerciales como los de las calles San Rafael, Dragones y Reina. Comprendía los barrios de Tacón (57 %), Marte (35 %) y Guadalupe (32 %). En el eje se aprecia una disminución paulatina del porcentaje de establecimientos en la medida en que se aleja del núcleo fundamental de La Habana intramuros. Ya en Dragones, al Oeste de Guadalupe este porcentaje era tan sólo del 20 %.

El centro de comercio y servicios de La Habana colonial, en 1877, adquiriría una figura característica dentro del modelo que para las ciudades latinoamericanas desarrollarían, en 1980, los geógrafos Griffin y Ford. Un núcleo central y un eje convergente en el mismo. Este centro integraba en su totalidad a 2.259 establecimientos de todo tipo, esto es, el 50 % de los de La Habana, según el *Indicador*. La proporción entre establecimientos y población evidencia bien a las claras la estructura espacial y funcional del centro analizado.

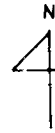
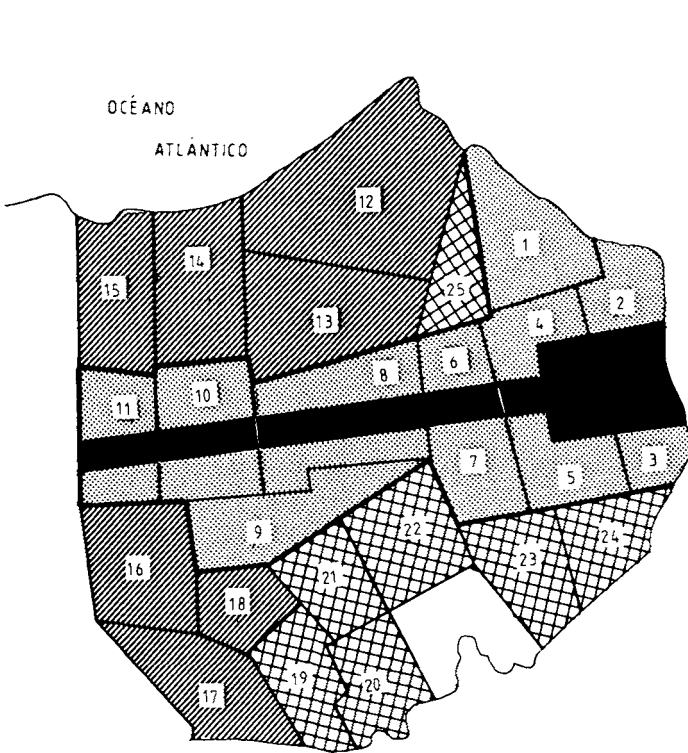
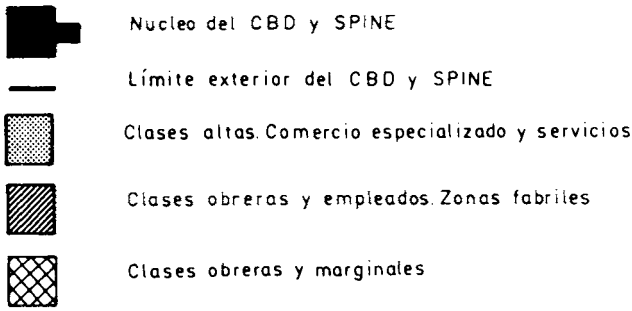
Fuera de los barrios mencionados, el porcentaje de establecimientos era muy inferior a la media de la ciudad. Únicamente en los alrededores de la Calzada del Monte: Chávez, Atarés y San Nicolás, así como en el barrio del extrarradio de San Lázaro, encontramos porcentajes que superan a la media, pero siempre con cifras inferiores a las correspondientes al centro comercial y de servicios. Una comparación entre la distribución de establecimientos con la de los grupos étnicos, evidencia que existía una correspondencia entre los barrios más "blancos" y los mejor equipados de establecimientos. No debemos olvidar que el comercio, fuente de la actividad económica principal de la ciudad, y por consiguiente del empleo, estaba vedado a las gentes de color negros y mulatos libres, sino "de jure" si "de facto". El cuadro n.º 2 muestra los porcentajes de establecimientos en los barrios del núcleo central y de servicios.

CUADRO 2. *Porcentaje de establecimientos sobre el total de inscripciones, en los barrios del centro comercial y de servicios (CBD y Spine).*

Barrio	Porcentaje	Barrio	Porcentaje
Templete	74	Tacón	57
San Felipe	69	Marte	35
Santo Cristo	57	Guadalupe	32
San Juan de Dios	35		
San Francisco	64	Total CBD y Spine	50
Santa Clara	52		
Santa Teresa	45	Total La Habana	29
Intramuros	54		

EL COMERCIO

Desde antiguo La Habana había sido una gran plaza comercial. Estación de aprovisionamiento de las flotas, había consolidado un intenso comercio a lo largo de los siglos XVI y XVII. En el XIX esta actividad tenía una doble vertiente: de una parte la exportación de productos tales como el azúcar, café, cacao, añil, etc., de otra el consumo tanto de la



BAHÍA
DE LA
HABANA

CLAVE DEL MAPA

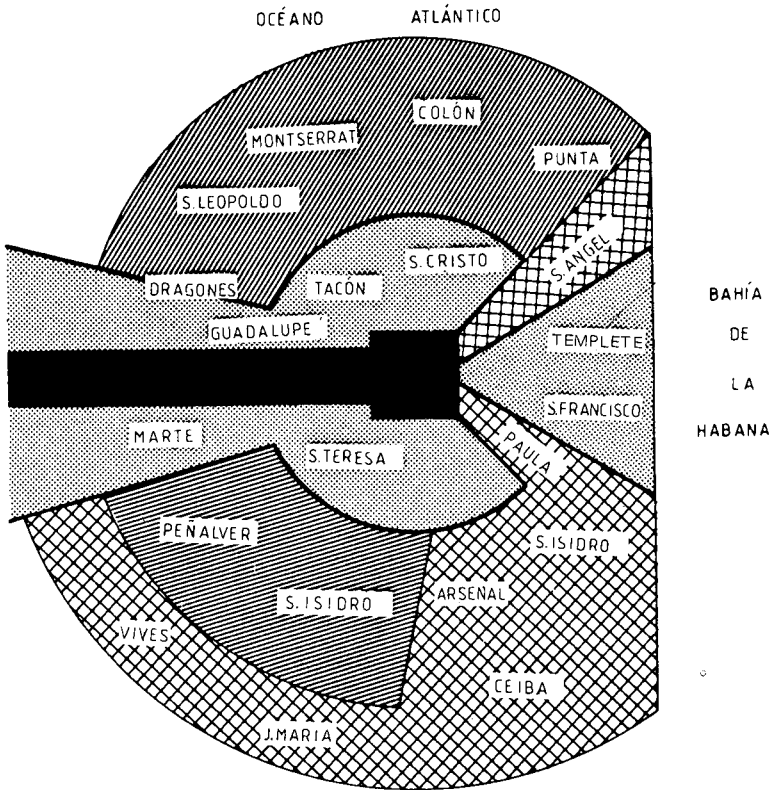
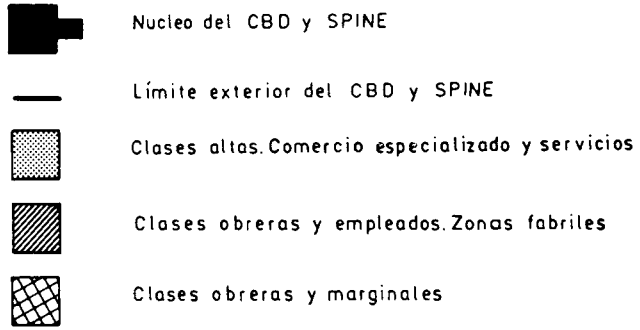
N.º	Barrio
1	San Juan de Dios
2	Templete
3	San Francisco
4	San Felipe
5	Santa Clara
6	Santo Cristo
7	Santa Teresa
8	Tacón
9	Marte
10	Guadalupe
11	Dragones
12	Punta
13	Colón
14	Montserrat
15	San Leopoldo
16	Peñalver
17	Chávez
18	San Nicolás
19	Vives
20	Jesús María
21	Ceiba
22	Arsenal
23	San Isidro
24	Paula
25	Santo Angel

LA HABANA - 1874

ZONIFICACIÓN SOCIAL Y ECONÓMICA

Elaboración propia

Queda en blanco el sector correspondiente al Arsenal, que carece prácticamente de viviendas (no confundir con el llamado barrio del Arsenal, n.º 22).



APLICACIÓN MODIFICADA DEL MODELO DE GRIFFIN Y FORD A LA CIUDAD DE LA HABANA 1877.

Elaboración propia.

propia población habanera, como de la cubana en general. En un principio una parte del comercio parece ser que estuvo en manos de libertos, pero pronto fueron desplazados por los blancos, principalmente por los peninsulares. En el siglo XIX la actividad comercial era prácticamente en su totalidad algo correspondiente a los blancos peninsulares. La aparición de otros grupos o clases de población en el comercio era algo puramente testimonial si bien, en ciertos casos, adquirieron una cierta significación.

Según el *Indicador* de los 4.527 establecimientos registrados, un 55,3% eran comercios. Sus denominaciones plantean numerosas dudas a la hora de lograr una adecuada clasificación. En concreto es difícil diferenciar ciertas actividades entre comerciales o fabriles: zapaterías, sastrerías, peleterías, etc. Hemos optado por una agrupación con amplio grado de contingencia y que precisará ser objeto de una mayor precisión en futuros trabajos sobre el tema. Otra cuestión es la importancia real de cada uno de los comercios, no tanto en cuanto a su volumen de facturación cuanto a su número de empleados, pues este dato es fundamental para conocer su incidencia demográfica. Este comercio es extensible a cualquier otro establecimiento comercial. El cuadro n.º 3 recoge una lista de los establecimientos comerciales de la ciudad atendiendo a una agregación por tipos. Predominan ampliamente los del ramo de la alimentación, los cuales constituían más de la mitad del total. Le seguían los relativos al calzado y vestido y los que hemos denominado carbón y efectos industriales. El número de carbonerías ascendía a 87 y junto a ellas hemos agrupado a las ferreterías, quincallerías, mueblerías, etc.

CUADRO 3. *Establecimientos comerciales.*

<i>Ramo</i>	<i>Número</i>	<i>Porcentaje</i>
Alimentación	1.268	50,6
Calzado y vestido	447	17,8
Carbón, efectos industriales	271	10,8
Bancos, seguro e importadores	239	9,5
Almacenes mayoristas	193	7,7
Relojerías, platerías	87	3,5
Total	2.505	100,0

El subgrupo de sociedades de crédito y seguros era muy importante. Los primeros bancos en la acepción moderna del mismo comenzaron a operar en La Habana a mediados de la década del 50. Según el *Indicador* eran 64, cifra realmente importante. Dentro del subgrupo hemos incluido a las sociedades importadoras, cuyo número se situaba en 161. Bancos, importadores y compañías de seguros —estas últimas ocho en total— suponían el buque insignia de la actividad comercial y financiera de la ciudad en el año 1877. Asimismo hay que destacar la existencia de un fuerte comercio mayorista expresado a través de los casi 200 almacenes.

¿Cuál era la participación de la población de color en el comercio habanero? Según el *Indicador* había únicamente 5 fruterías regentadas o propiedad de individuos de esta clase. A esta exigua cifra se podrían añadirle media docena de personas de color que se declaraban “vendedores” o “placeros” así como 14 “aguadores”, o sea, suministradores de agua a domicilio. Realmente el componente de color estaba excluido del comercio, tanto del de menor entidad: bodegueros, tenderos, etc., como los de mayor categoría social y económica.

La mayor diversificación comercial aparecía dentro de La Habana intramuros en los barrios céntricos de San Felipe, Templete, San Francisco y Santa Clara, entre otros. Más

allá de las puertas de Monserrate, donde convergían las calles de O'Reilly y Obispo, se prolongaba este centro por las calles de San Rafael, Neptuno y Reina entre otras, conformando así la "Spine" de la ciudad junto con el elegante paseo de Tacón o Carlos III. Fuera de estas áreas aparecía claramente un subcentro, especializado en el ramo de la alimentación, en la calzada del Monte, junto al puente de Chaves por donde era preciso acceder a la ciudad desde el campo, para evitar la ciénaga que la circundaba por el Sudoeste. Esta zona era la de interfase entre el campo y la ciudad. A ella acudían los agricultores para vender sus productos, los cuales más tarde se redistribuían en el interior de La Habana. Por eso las ordenanzas municipales del general Concha, autorizaban a los comercios de la calzada del Monte a permanecer abiertos casi toda la noche para que pudieran realizar sus transacciones en horas tempranas; así la ciudad estaría abastecida por la mañana. Junto a los comercios del Puente de Chávez había numerosas posadas y fondas.

LAS ACTIVIDADES FABRILES

La sociedad esclavista cubana o, más propiamente, la sociedad de plantadores, apenas desarrolló otra actividad industrial que la derivada del aprovechamiento de los productos vegetales: azúcar y tabaco. Por razones obvias los ingenios azucareros estaban ubicados en las propias haciendas, en áreas rurales. En cambio las manufacturas tabaqueras se centralizaron desde antiguo en la ciudad de La Habana. Ingenios y tabaquerías constituían el sector industrial por excelencia de la isla. Algunos intentos de diversificar la industria, por ejemplo la fundición de Bemba, apenas fructificaron. En realidad y según la conocida tesis de Genovese (14), los plantadores obtenían suficientes beneficios con sus actividades y no encontraban estímulo de ningún tipo para embarcarse en aventuras arriesgadas. Quizás la falta de combustible mineral en la isla fue otro condicionante, que explicaría, insuficientemente, el escaso desarrollo de la diversificación industrial isleña. Junto con las actividades fundamentales, tabaquera y azucarera, existía en Cuba un amplio subsector artesanal dedicado a actividades fabriles: sastrerías, carpinterías, fábricas de hielo, de abanicos, etc. Este conjunto constituía lo que dentro del denominado *modelo de la base económica urbana* (15) se considera como no básico, siendo su razón de ser el consumo interno de la ciudad.

Una agrupación, con cierto nivel de contingencia, muestra en La Habana, según nuestra fuente, un total de 625 establecimientos fabriles. De ellos el porcentaje más elevado correspondía a las tabaquerías, un 37% sobre el total. Seguían los talleres de vestido: camiserías, sastrerías y otros, en número de 154. Otras actividades industriales o artesanales están registradas en el cuadro n.º 4.

Una vez más hay que reseñar que la incidencia de los fabricantes o artesanos de color en el conjunto de La Habana fabril de 1877 era insignificante. Esto es contradictorio con la situación de las décadas anteriores a 1846 cuando la mayor parte de las referencias nos ponían de manifiesto la existencia de un gran componente de color en el artesanado local. Precisamente esta fue una de las alegaciones más importantes de Saco (16) en su discurso contra la vagancia en la isla de Cuba. Las hipótesis habituales de la historiografía han mantenido las tesis de Saco estableciendo una correlación entre artesanado-proletariado industrial, con población de color. Ya la información de Pezuela ponía de manifiesto la existencia de un alto porcentaje de proletarios blancos en La Habana de finales de los cincuenta. Los datos del *Indicador* no sólo corroboran los de Pezuela, sino que amplían una imagen de proletariado blanco habanero en la mayor parte de las actividades fabriles. Pero si nos referimos a los propietarios o gerentes de esta clase de establecimientos, la existencia de una pequeña burguesía fabril de color brilla por su ausencia.

La distribución de las fábricas y talleres artesanales gravitaba sobre los barrios extra-

CUADRO 4. *Establecimientos dedicados a actividades fabriles en La Habana.*

<i>Ramo</i>	<i>Número</i>	<i>Porcentaje</i>
Tabaquerías	231	37,0
Textil	153	24,0
Carpinterías	95	15,0
Fábricas varias	52	8,0
Talleres varios	23	4,0
Otros	71	11,0
Total	625	100,0

murales, principalmente en el rectángulo formado por los barrios de San Leopoldo, Monserrate, Guadalupe y Peñalver. En este área se ubicaban casi la mitad de las fábricas de tabaco de La Habana. En cambio en la ciudad vieja sólo el barrio de San Francisco, muy tabaquero, tenía una cierta especialización industrial. Otros barrios con tabaquerías eran los de Jesús María, Arsenal y San Isidro, tres de los más degradados de La Habana.

LOS OFICIOS DE LA POBLACIÓN DE COLOR Y SU DISTRIBUCIÓN ESPACIAL

No todos los proletarios eran de color, pero sí todos los negros y mulatos eran proletarios. En el *Indicador* encontramos un total de 1.119 individuos de color inscritos en la lista de "vecinos". De ellos el 56 % eran mujeres. De la anterior cifra hay que descontar 133 inscripciones que carecen de referencia la actividad profesional, es decir, un 11,8 %. Hay que destacar que la no mención de actividad era mayor entre las mujeres que entre los hombres, un 16,8 % para las primeras y un 6 % para los segundos. Estos datos son diferentes a los correspondientes al colectivo de los blancos, entre éstos el porcentaje de mujeres era sólo del 22,5 %; además entre éstas últimas el número de las que no declaraban profesión alguna en la inscripción era muy alto, resultando un 60,8 % sobre el total de las inscritas. Dicho de otro modo, las mulatas y negras "trabajaban más" que las blancas. A dos conjuntos raciales, dos modelos sociales distintos.

Desde luego las actividades profesionales de mayor relevancia estaban vedadas a los negros y mulatos. Tampoco participaban prácticamente en las relacionadas con el comercio en cualquiera de sus formas y categorías. Ahora bien, la situación que nosotros deducimos a partir de nuestra fuente era distinta a la del primer tercio de la centuria y ello por dos motivos. En primer lugar porque en 1877 La Habana contaba ya con un importante proletariado blanco que hacía trabajos "de negros": lavanderas, costureras, carpinteros, etc. En segundo lugar, porque la naciente clase media morena que tanto asustara a la oligarquía cubana de la década de los cuarenta había desaparecido casi totalmente. El cambio económico y político que conocía la isla había obrado en contra de la población de color en el sentido de desplazarla en sus oficios artesanales urbanos sin permitirles, por otra parte, ascensos en la escala social. El color de la piel se convertía así en una dura barrera. Este hecho refleja, a nuestro modo de ver, una dura paradoja. Mientras la esclavitud periclitaba y los negros y mulatos adquirían la libertad, una segregación social de nuevo cuño surgía. Ya no eran sólo oligarcas blancos frente a esclavos y proletarios de color, sino proletarios blancos, peninsulares en su mayoría, frente a negros y mestizos también proletarios. Esta contradicción entre clases étnicas se superponía a la

CUADRO 5. *El proletariado habanero. Profesiones ejercidas por la población de color y blanca.*

Profesión	Color		Blancos		Total	
	Número	%	Número	%	Número	%
Lavanderas	293	72	113	28	406	100
Costureras	177	44	223	56	400	100
Cocineros/as	94	94	7	6	101	100
Tabaqueros	70	11	590	89	660	100
Albañiles	62	33	123	67	185	100
Carpinteros	42	13	284	87	326	100
Jornaleros	32	25	97	75	129	100
Cocheros	29	31	64	69	93	100
Sastres	17	12	129	88	146	100
Aguadores	14	100	—	—	14	100
Empleados muelle	11	8	128	92	139	100
Zapateros	11	14	69	86	80	100
Total	852	32	1.827	68	2.679	100

de las clases sociales. En Cuba estaba operando un modelo de colonialismo “de poblamiento”, frente al modelo “de factoría” o plantación, más propio del primer tercio del siglo XIX.

El cuadro n.º 5 muestra las actividades profesionales que ejercían los habitantes de color de La Habana, contraponiéndolas con la incidencia que en las mismas profesiones tenían los blancos. Habida cuenta de que los primeros eran el 11 % del total de “vecinos”, se aprecia cómo profesionalmente podemos hablar de una especialización de los mismos en actividades tales como lavanderas, costureras, cocineros/as, albañiles, cocheros o zapateros, entre otras. Pero esta especialización no era exclusiva, pues salvo en el caso de los aguadores, encontramos individuos blancos ejerciendo las mismas profesiones que los negros, si bien en menor grado que éstos. Así, por ejemplo, entre las lavanderas predominaban radicalmente las mujeres de color, aunque más de un centenar de hembras, presumiblemente blancas, también se dedicaban a este menester. En el caso de las costureras la incidencia de las blancas era mayor todavía, pues suponían un 56 % de dicho colectivo.

Un caso particular era el de los cocineros varones o hembras, profesión prácticamente monopolizada por los negros y mulatos; lo mismo cabe decir de los aguadores, aunque entre éstos últimos la muestra, 14 inscripciones, es muy baja. Carpinteros, sastres, zapateros, artesanos en general había de color pero también, y con una fuerte incidencia, blancos. Se rompía así el esquema descrito por historiadores y literatos de La Habana de 1830. Las doce profesiones que recoge el cuadro n.º 5 eran de las más bajas de la escala social. En ellas encontraban su forma de vida un 86,4 % de las gentes de color y sólo un 23,3 % de los blancos. Pero este porcentaje significaba lo repetimos de nuevo, la consolidación de un proletariado de inmigrantes peninsulares y canarios en su mayoría. Cuatro casos son bien significativos. En la industria tabaquera, la primera de la ciudad, el porcentaje de “vecinos” blancos que la ejercía era del 89 %. Entre los carpinteros, el 87 %; el 92 % entre los empleados de muelle; y por último, entre los sastres, el 88 %. Estos oficios eran propios de las gentes de color antes de la década de los cuarenta.

Si hemos de buscar una clase media entre la población de color, ésta figuraría en el grupo de los inscritos como “propietarios”. Aunque su significado no es evidente. Propietario puede ser el dueño de un pequeño taller de zapatería, de una vivienda o de una gran

hacienda. Descontando el último de los tres casos, cabe pensar en una pequeña burguesía de color representada solamente por 51 inscripciones que suponen apenas un 4,5 % sobre el total de los "vecinos" de color. Entre los blancos los inscritos como propietarios eran 1.192, o sea un 12 % sobre el total de su clase. A este grupo de lo que muy contingencialmente podemos denominar como pequeña burguesía, sólo podemos añadir un dentista y un profesor. En definitiva, la clase media de color era inexistente en La Habana.

Una Habana socialmente diferenciada en función del color es, pues, una de las conclusiones obvias de nuestro análisis. Ciertamente esto no es nuevo y responde a cualquier análisis de la sociedad colonial cubana del siglo XIX. Pero lo que sí queremos destacar es la existencia de un proletariado blanco en competencia o contradicción con el proletariado negro. Las afinidades familiares y regionales, junto con la pertenencia a un más amplio colectivo, el nacional peninsular o isleño canario, serían los mecanismos que habrían provocado el desplazamiento de negros y mestizos de ciertas profesiones que hasta la década de los cuarenta eran exclusivas de ellos. De esta manera el fenómeno que se habría producido entre los dependientes de comercio, proletariado urbano de comienzos de siglo, todos ellos blancos, se estaría extendiendo hacia otros sectores, en particular al artesano y a las actividades industriales. Pero esta contradicción no dio origen, a nuestro parecer, a una segregación espacial radical de la ciudad. Proletarios blancos y negros convivían en la mayor parte de los barrios.

Nosotros encontramos una segregación espacial de tipo social, más que una étnica. En efecto, prácticamente la totalidad del núcleo fundamental de La Habana así como de su prolongación hacia el Oeste por los barrios de Tacón y Guadalupe, estaban casi vacíos de población proletaria. Esta se aglutinaba en los barrios periféricos meridionales, en los periféricos costeros y en los del extrarradio. En ellos había convivencia de blancos y negros. La incidencia de estos últimos era mayor en torno al Arsenal, pero ni siquiera allí se producía una segregación radical. Así, por ejemplo, tanto en Vives como en Ceiba, donde la población de color registraba sus más elevados porcentajes, 24 y 25 % respectivamente, el porcentaje de proletarios blancos era muy alto. La convivencia entre proletarios de ambas etnias sobre un mismo barrio evidencia cómo en términos espaciales la pertenencia a un grupo social determinado primaba sobre el color de la piel. Pensamos que esta lectura cartográfica del problema social habanero de finales de la Guerra de los Diez Años, ilustra la naturaleza del mismo desde una nueva perspectiva.

CONCLUSIONES

A partir del análisis espacial de ciertas variables socio-económicas contenidas en el *Indicador Habanero de 1877*, podemos extraer diversas conclusiones, que creemos sirven para conocer, desde una nueva perspectiva, la espacial, la configuración de la ciudad de La Habana a comienzos del último cuarto del siglo XIX. Lo sintetizamos en cuatro conclusiones.

Podemos señalar, en primer lugar, la parcial verificación del modelo de Griffin y Ford, al cual se adecúa bien la estructura urbana de La Habana. El CBD estaba constituido por el antiguo núcleo de La Habana intramuros, actual Habana Vieja. La *Spine* sería el eje formado por Reina y San Rafael; a ambos lados del mismo, se estaba potenciando las zonas residenciales. El cinturón proletario estaba formado por los barrios más cercanos al mar y los que rodeaban el Arsenal; los sectores de contacto de este anillo con el CBD eran los barrios del Ángel y de San Isidro. Hay que destacar el eje comercial que aparecía en torno a la Calzada del Monte y que era lugar de interfase entre el campo y la ciudad.

La segunda conclusión es la existencia de una zonificación más condicionada por características socio-económicas que raciales. La ausencia de barrios "negros" en La Habana es altamente significativa. No obstante hay que correlacionar el color de la piel con la situación social, pues los negros o mulatos estaban excluidos de las élites urbanas

y, por tanto, de sus áreas residenciales, excepto si eran esclavos domésticos o criados. Sin embargo habría que añadir un elemento característico de La Habana y de otras muchas ciudades latinoamericanas; se trata de la yuxtaposición de viviendas y comercios. No había un barrio comercial exclusivamente, pues en torno a la Plaza de Armas, en las calles de Obispo, O'Reilly o Mercaderes había numerosas casas cuyos bajos eran comercios u oficinas, mientras que los altos eran viviendas.

En tercer lugar, una aproximación no elaborada a fondo estadísticamente al modelo de la base económica urbana, evidencia que La Habana polarizaba su sector básico en torno a las actividades financieras y portuarias, relativas al comercio de importación y exportación; a éstas hay que añadir las manufacturas tabaqueras. Todo el resto parecen corresponder más al sector no básico, o sea, a las demandas de los habitantes de la ciudad y de sus alrededores. Ahora bien, los beneficios generados en el sector básico eran lo suficientemente importantes, como para sostener una base poblacional amplia, con un elevado nivel de vida en sus clases altas y media-altas. Estas indujeron la formación de un proletariado artesano y un comercio variado, para satisfacer sus necesidades.

Por último, queremos destacar cómo en La Habana de 1877 encontraron empleo millares de trabajadores blancos, peninsulares en su mayoría, que prácticamente monopolizaron todos los oficios, desplazando para ello al proletariado de color. Los negros y mulatos quedaron relegados prácticamente a los oficios más serviles, ejercidos principalmente por mujeres: lavanderas, cocineras y costureras.

Notas bibliográficas

- (1) TORRE, José María de la (1857): *Lo que fuimos y lo que somos o La Habana antigua y moderna*. La Habana. Librería Cervantes. 1913; TORRIENTE, Lolo (1946): *La Habana de Cecilia Valdés*. La Habana. Ed. de Jesús Montero; GONZÁLEZ DEL VALLE, Francisco (1952): *La Habana en 1841*. La Habana. Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana.
- (2) LE RIVEREND, Julio (1960): *La Habana. Biografía de una provincia*. La Habana. Academia de la Historia de Cuba. Impr. del siglo XX; ROIG DE LEUCHSENRING, Emilio (1939): *La Habana. Apuntes Históricos*. La Habana. Editora del Consejo Nacional de Cultura. 1963, 3 vol.
- (3) PÉREZ-BEATO, Manuel (1936): *Habana antigua. Apuntes históricos*. La Habana. Seoane Fernández y Cia. 2 vol.; CHATELOIN, Felipe (1989): *La Habana de Tacón*. La Habana. Ed. Letra Cubana; VENEGAS FORNIAS, Carlos (1990): *La urbanización de las murallas*. La Habana. Ed. Letras Cubanas.
- (4) HUMBOLDT, Alexander von (1826): *Essai politique sur l'île de Cuba*. Paris. Gide Fils; SALAS Y QUIROGA, Jacinto (1840): *Viajes*. La Habana. Consejo Nacional de Cultura. 1964; WURDERMANN, John E. (1844): *Notas sobre Cuba*. La Habana. La Habana. Ed. Ciencias Sociales. 1983; MERLIN, Mercedes de Sta. Cruz, Condesa de (1844): *La Habana*. Torrejón de Ardoz. Ed. Cronocolor. 1871; HAZARD, Samuel (1871): *Cuba a pluma y lápiz*. La Habana. Ed. Cultural S.A. 1928.
- (5) EGUREN, E. (1986): *La fidelísima Habana*. La Habana. Ed. Letras Cubanas.
- (6) GARCÍA DE ARBOLEYA, José (1859): *Manual de la Isla de Cuba*. La Habana; MARRERO, Levi (1951): *Geografía de Cuba*. La Habana. Talleres Tipográficos Alfa; SORRE, Max y ORTIZ, Fernando (1936): *Antillas*. Tomo XIX de la Geografía Universal dirigida por P. Vidal de la Blache y L. Gallois. Barcelona. Montaner y Simó.
- (7) PEZUELA, Jacobo de la (1863): *Diccionario Geográfico, Estadístico e Histórico de la Isla de Cuba*. Madrid. Imprenta del establecimiento de Mellado.
- (8) *Guía de Forasteros de la isla de Cuba, 1781 a 1884*, pág. 24 (dejó de publicarse los años 1874-75). *Directorio general y comercial de La Habana e Isla de Cuba (1874)*: Editores propietarios Caine y Cia. La Habana. Imprenta Militar.
- (9) *Directorio 1859*.
- (10) *Indicador habanero (1877)*. La Habana. Federico Caine.
- (11) *Indicador habanero (1877)*, cit.
- (12) GRIFFIN Y FORD (1980): "A model of latin american city structure". *The Geographical Review*, vol. 70, n.º 4, pp. 397-422.
- (13) ELY, Roland T. (1961): *Comerciantes cubanos del siglo XIX*. La Habana, Ed. Librería Martí, Talleres Tipográficos Alfa.

- (14) GENOVESE, E. (1970): *Economía política de la esclavitud*. Barcelona, Península.
- (15) CAPEL, H. (1969): "El modelo de la base económica urbana". *Revista de Geografía*, Universidad de Barcelona, Departamento de Geografía, III, pag. 155-160
- (16) SACO (1831): *Memoria sobre la vagancia en la isla de Cuba*. La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1974 (nueva edición).

Résumé: Société et espace à La Havane en 1877

On nous présente dans ce travail, une étude fonctionnelle-économique de La Havane autour de 1870. On a identifié et situé dans l'espace urbain les différentes zones industrielles, commerciales et de services. De même on a fait une analyse de la distribution de la population par rapport aux différentes classes ethnosociales. Nous avons vérifié partiellement le modèle structural des villes de l'Amérique Latine proposées par Griffin et Ford en 1980.

Abstract: Society and space in Havana at 1877

A functional socio-economical study about Havana at 1870 is exposed in this article. Different industrial, mercantile and service zones are identified and located into urban space. People distribution is also analyzed according to different ethnosocial classes. Finally a structural urban model of latino-american cities, proposed by Griffin and Ford in 1980, is partly checked.